Confesión de un motivo literario

A Esteban Del Grecco

Era el niño más tímido de aquel segundo grado; me imagino que de algún modo lo seguirá siendo. Se correspondía perfectamente con esa timidez un imperturbable silencio que me hacía creerlo mudo. Conquistó rápidamente mi atención porque de tanto en tanto, lo más bien que se estaba, en el inconfundible mutismo del aula (cuando dicho estado se hace misteriosamente posible entre cuarenta y cinco chicos de siete años) se largaba a llorar. Primero con excesiva discreción, comenzaba ruborizándose y silenciosamente se le iban empapando los ojos. Luego lloraba con algo más de soltura, pero no tanta. Seguramente vendrían sus padres a buscarlo, de eso no me acuerdo. Tampoco me acuerdo del cómo ni del cuándo pero nos hicimos amigos.

Ocurrió cuando a mitad del año segundo escolar, mi madre, en una de sus tantas contiendas por la causa de sus hijos, se pelea con las monjas de nuestra escuela y nos muda —a mi hermano y a mí— al colegio donde lo conocí: una hermosa escuelita pública por la que transitaría toda la primaria y de la que no guardo más que entrañables recuerdos.

Gringo, muy flaco, pelo corto enrulado y amarillo, unas orejas convenientes al perfil pero algo enroscadas hacia adelante, y una sonrisa desproporcionada, como todo en la niñez. Así lo recuerdo. Para mi alegría, vivía en un barrio a pocas cuadras de nuestra casa y nos visitábamos casi todos los días (aunque los chicos de siete años no se visiten, los niños sajones quizá lo hagan; digamos que nos juntábamos a jugar). Venía a buscarme en una

bicicleta grande y verde que sería de su madre, supongo. Lo recuerdo cruzado de brazos, sentado en esa bicicleta verde con el pie izquierdo apoyado en la "verjita" y el derecho en el pedal; yo, parado sobre la verja, hablándole, con una mano sobre el manubrio, sin dejar de mover la otra y riéndonos. Al poco tiempo los llantos áulicos fueron cesando.

Yo lo quería mucho, quizá él también me quería. No conservo tantos recuerdos, pero estos pocos gozan de la intensidad que les confiere el sentimiento, nada menos. Algunas andanzas en horas de la siesta, por las cercanías del barrio, yo miraba cómo las ruedas de su bicicleta levantaban el guadal. Nada especial, eso se hace en un pueblo, o al menos se hacía, cuando uno tiene siete años y un amigo llorón de la escuela.

Se llamaba Renato. Podría inventarle un nombre falso y sin embargo lo evito, por miedoso, y para no agregar más falsedad a esos días de cuya verdad ya no puedo dejar de sospechar. Pero sí, por alguna razón se llamaba Renato y usaba unos botines negros como dos o tres números mayores de lo que calzaba. Transcurrió la segunda mitad del año con insufrible normalidad y no lo vi nunca más en la vida. Aún hoy me sigo privando de su amistad.

Sólo en una ocasión, después de unos cuatro o cinco años, llegué casi de noche a la que era mi casa y estaban mis padres en la vereda, despidiendo a una mujer que finalizaba una visita ocasional (quizá tuve la visión de esa mujer varias veces en la vida). Estimo que estaba acompañada de su marido, no lo recuerdo. Después de escuchar en silencio por un rato, tuve que interrumpir —compelido por la impaciencia— con la pregunta más obvia del mundo, lo único importante que ahora me viene de aquella noche: "¿Y el Renato?" Me contó, con desafectada ligereza, que en la ciudad le habían robado una campera, o unas zapatillas, y supongo que además me habrá dicho que estaba bien. Nada más.

Desconozco las razones, pero luego de veinte años de olvido e indiferencia, hace un tiempo que lo recuerdo. No he conseguido contactarlo, pese a ciertos esfuerzos, ni saber algo

sobre él. Dónde vivirá y qué será de su vida son las preguntas que de ordinario aparecen, pero las verdaderas intrigas son otras, y se ocultan en el siguiente razonamiento:

Aquel niño, ahora un hombre, por los insondables misterios que entraña el insensible paso de los años, bien podría ser cualquier hombre, cualquiera. Convengamos que a los siete años, en general, los nenes son todos iguales. Alguna maestra de escuela tendrá motivos para contradecirme, pero más allá de sus infantiles diferencias carecen de una personalidad definitiva, de una forma de ser, y no se empeñan demasiado en diferenciarse sino todo lo contrario. ¿A qué persona encontraría si me "reencontrara" hoy con aquel amigo de la infancia? ¿En qué hombre se habrá convertido?

Nos conocimos a una edad en la que recién empiezan las transformaciones: del niño en menos niño y sus pavadas, de la pubertad y sus inseguridades a la adolescencia y sus estupideces. Por último, un hombre joven, de incierta maduración pero con casi treinta años. Trato de adivinar algunas posibilidades en el orden de lo trivial, como algún oficio o profesión. Trato de imaginar si tendrá una mujer… Quizá le guste la jardinería... Imagino cómo se vestirá, lo veo engordado, con el pelo largo, de otro color o con un tatuaje en la cara. Tal vez viva en otro país o ni siquiera viva… Tal vez lo hayan matado, quién sabe. En fin, pasaron dos décadas y estas cavilaciones ya no me inspiran demasiadas esperanzas de un reencuentro aceptable con aquel amigo, cada vez más lejano e imposible. Pero no son estas trivialidades las que me inquietan. La pregunta que encuentro relevante —en lo personal, ineludible—, la que me intimó a escribir estas impresiones, es si conservará aún aquella sensibilidad que lo distinguía entre los infantes, si seguirá llorando, si se acordará de mí… Esas ideas juntas, apretadas, en una sola interrogación.

Estos pensamientos pueden acomodarse a experiencias más respetables. A otros les visitarán sensaciones análogas por la nostalgia de una primera novia, de un pariente, de un padre perdido en la vida, de una madre perdida en la muerte. En mi caso, por el despotismo de un tiempo con el que aún no logro condescender, mi amigo ya no existe; y si me propongo un pensamiento mejor, tal vez no quiera encontrarme con lo que quede de él, pues

me temo que ninguna entre todas las posibilidades logrará convencerme, sé que la decepción está garantizada por una sencilla pero implacable razón: ya no tendrá siete años, y nunca más, en mis ya inexistentes tardes soleadas y silenciosas de pueblo, me pasará a buscar con su bicicleta verde para salir felices a disfrutar del guadal.

Los Tamarindos, junio de 2014.-